

IPARRAGUIRRE.



(A MI QUERIDO AMIGO D. ANTONIO ARZÁC)

¿Quién es ese anciano de venerable presencia, vestido de tan extraña manera, que con la guitarra á la espalda va de pueblo en pueblo cantando en un idioma original, y acompañando sus canciones de una música inspirada y sentida?

¿Es acaso algun loco que, como D. Quijote cuando quiso restablecer la caballería andante, quiera él, elbardo, resucitar la vida de los trovadores errantes que van de castilló en castillo, de nacion en nacion, cantando las hazañas de los héroes de su tierra?

No; es el trovador euskaro que ha abandonado su hogar y su patria, y va derramando por el mundo, no hazañas de caballeros, sino sus sentimientos, su alma de poeta; es el pájaro que necesita volar por el espacio para que su fantasía, su inspiracion, al verse rodeadas de luz, de alegría, de grandeza, den rienda suelta á sus cantos, cantos que la estrecha prision de una jaula no es capaz de contener.

La inspiracion es algo que parece descende de los espacios y en ninguna parte puede vibrar mejor que en el espacio, viéndose libre, rodeada de efluvios de armonía y de luz.

Las canciones de Iparraguirre son las canciones de un alma sensible, poética, inspirada naturalmente; son como los cantos del ruiseñor; ¿qué maestro enseñó á este pajarillo sus melodiosas trovas? y si un pájaro nace poeta ¿por qué un hombre, con más sentimiento, con más alteza, no ha de entonar tambien espontáneamente cantares que

en lo inspirados, en lo sencillos, en su dulzura, se parezcan algo á los cantos del rui señor?

Estas preguntas y estas reflexiones debieran hacerse los críticos de bajo vuelo que toman al bardo bascongado por un aventurero vulgar, por un coplero, por un mal cantor de guitarra.

Recuerdo que hace pocos días un pedanton se me reía en las narices al hablar del bardo bascongado.

—Diga V.,—me preguntó irónicamente—¿cantaba como los ciegos en las plazas de los pueblos?

—Cantaba en las plazas, si, señor,—le respondí;—pero sus canciones en vez de hacer reír como las coplas de los ciegos, hacían llorar á los que le escuchaban; sobre todo cuando cantaba el *Guernikako Arbola*, el himno sublime de los euskaldunas.

La creencia de que Iparraguirre era un mísero coplero porque acompañaba sus versos al són de la guitarra, está generalizada entre algunas gentes que se tienen por ilustradas. Pero quien tal piensa, ignora ó no recuerda que la vihuela y la guitarra eran los instrumentos con que aun algunos poetas de nuestro siglo de oro seguían diciendo sus versos en certámenes y teatros. ¿Por qué, pues, ha de parecer extraño que Iparraguirre cantase de igual modo?

Iparraguirre tocaba con verdadero *amore* dicho instrumento; era su confidente, su compañero inseparable en sus largos viajes, el amigo que mejor recogía sus sentimientos de poeta, ora tierno y apasionado, ora enérgico.

Bien puede decirse que la guitarra era para el bardo bascongado lo que la lira para Orfeo: una sola alma; alma cuyos acentos dejaron inextinguible eco en los poéticos valles euskaros.

¡Loor á la gran raza que los puebla!

JOAQUIN L. BARRERA.

Madrid, 1890.

